TÍTULO DE LA OBRA: CON EL TIEMPO NO SE JUEGA

SEUDÓNIMO: CRONOS

El primer día de colegio, después de las vacaciones de verano, era odiado por muchos, pero no por Bruno, pues le encantaba reencontrarse cada año con sus amigos para contarse las locuras que había vivido cada uno durante el verano. Ese año no era distinto de los demás, Bruno seguía en el mismo colegio y empezaba tercero de la ESO. Bruno llegó temprano, abrazó y saludó a todos sus amigos antes de ir a su nueva clase. Pasaron las dos primeras horas de clase y llegó el tan esperado momento, que era ya una tradición. Los siete chicos se sentaron en el suelo formando un círculo. Este año, le tocaba empezar a Jaime, que contó las magníficas vacaciones que había pasado en su increíble mansión en la playa, que contaba con todo tipo de lujos. Su familia era muy rica, ya que su padre tenía un alto cargo como ejecutivo en una empresa muy importante. Cuando Jaime terminó, fue el turno de Bruno y él empezó así a contar sus vivencias.

- Este año, mis padres me mandaron a un campamento tecnológico, ubicado en las afueras de Madrid. Durante los primeros días todo fue bastante normal, jugamos en línea, aprendimos a crear un juego, a programar un robot, asamos nubes en la hoguera, nos bañamos en el lago, etc. A partir del tercer día, todo se volvió muy extraño. Ese día me levanté con fuerzas renovadas para aprovecharlo al máximo. Me aseé, me vestí y fui a desayunar con mis compañeros de cabaña. Al volver, nos percatamos de que alguien tenía que limpiar la cabaña, ya que por la tarde tocaba revisión. Lo decidimos con un sorteo y, pues ya sabéis, con mi mala suerte me tocó a mí y a otros dos chicos, llamados Álex y Thomas, quedarnos a barrer mientras los demás se iban a jugar el tradicional partido de fútbol entre cabañas.

Los tres que nos quedamos limpiando decidimos repartirnos el trabajo para terminar cuanto antes y así poder ir al partido. Thomas se puso a barrer y al cabo de unos minutos apartó mi cama de la pared para poder limpiar debajo. De repente, dejó de arrastrar la cama y se quedó muy sorprendido. Álex y yo fuimos para allá para ver qué había ocurrido.

- Anda que ya podrían arreglar las cabañas, ¿no?- dijo Álex

En ese mismo momento me di cuenta de a qué se refería. El sitio donde antes estaba mi cama ahora lo ocupaba un gran agujero oscuro por el que cabía perfectamente una persona. Álex se acercó peligrosamente al borde y, Thomas y yo le dijimos que tuviera cuidado. Ese agujero parecía no terminar nunca, era como un pozo sin fondo que solo albergaba oscuridad. Pasó todo tan rápido que casi no nos dimos ni cuenta: una fuerza sobrenatural atrajo a Álex hacia el agujero, como si de un imán gigante se tratara. Este opuso resistencia, pero el agujero se lo acabó tragando. Thomas y yo no vacilamos, empezamos a correr simultáneamente hacia el campo de fútbol sin haberlo hablado siquiera. Allí encontramos a Hugo, Will, José y Juanito sentados en la grada animando al equipo que estaba jugando. Nos los llevamos por el brazo y cuando terminaron de quejarse les contamos lo ocurrido, de camino a la cabaña. Cuando llegamos, cogimos una mochila cada uno, y la llenamos con bocadillos, zumos, patatas y chucherías. Con las mochilas en la espalda, hicimos una fila, y nos dispusimos a saltar hacia el agujero. Esperábamos volver vivos y traer de vuelta a Álex. Will encabezó la comitiva y saltó sin pensárselo dos veces. Cuando llegó mi turno estaba muy nervioso, casi temblaba de miedo. No sabía cómo los demás habían podido saltar hacia un agujero oscuro con tanta naturalidad. Empecé a imaginarme todas las cosas horribles que podía haber al final, o peor, que el agujero no tuviera final y cayera al vacío. Finalmente, un empujón me sacó de mis pensamientos y caí sin remedio por el agujero, gritando con todas mis fuerzas. Tenía la sensación de que ese túnel no iba a terminar nunca, pero me di cuenta de mi equivocación al

caer sobre algo blandito. Abrí los ojos dispuesto a luchar si hacía falta, pero lo único que encontré fue un montón de mantas.

Estaba rodeado de hierba y maleza, busqué y rebusqué, pero no logré encontrar a mis amigos por ningún lado. Me di cuenta de que tendría que salir de ahí yo solo. Exhausto, vi una ciudad a lo lejos, y decidí usar las fuerzas que me quedaban para llegar allí, y de ese modo, ver dónde estaba y qué estaba sucediendo

Después de lo que me parecieron unas horas, llegué a la ciudad. Allí me dio la bienvenida un cartel en el que ponía Burgos. Me alegré de encontrarme en un lugar conocido (había estado allí con mis padres en Navidad). No escuché ruido alguno, aunque a esas horas de la mañana la ciudad debería estar muy ajetreada. Pasé por al lado de la Casa del Cordón, la estatua del Cid Campeador y, finalmente, me detuve al lado de la catedral. Todos estos sitios, deberían haber estado llenos de turistas haciendo cola para entrar, extranjeros haciéndose fotos, gente paseando… pero no, todo estaba desierto, no había ni un alma.

Ni en las casas, ni en las calles, ni en los monumentos: todo estaba vacío. En ese mismo instante se apoderó de mí una sensación de frustración, de impotencia, estaba solo en esa ciudad; no sabía ni qué hacer ni adónde ir. Me tiré al suelo de la plaza y me puse a llorar. Al rato me quedé dormido. Cuando desperté me sentí con fuerzas para salir de ahí y volver al campamento. Por la posición del sol, parecía ser la misma hora que cuando llegué: algo así como las doce del mediodía. En ese momento este factor no me pareció relevante. Al levantarme del suelo vi que todo seguía igual que cuando me había dormido, excepto que en el medio de la plaza había aparecido una enorme señal decorada con una flecha. Decidí seguir la dirección que marcaba la flecha y, a un par de metros, encontré un mapa en el suelo que marcaba con un punto rojo la ciudad de Burgos, y con una flecha señalaba mi próximo destino: Soria. Decidí encaminarme hacia esta ciudad, ya que era la única pista que tenía por

el momento. Ese mapa no debía estar ahí por casualidad, sino para que yo lo encontrara. Caminé durante días por la carretera que marcaba la flecha sin ver ni un solo coche, animal, persona, u otro signo de vida. Lo único que me hacía continuar eran los carteles que me confirmaban que iba por buen camino. Parecía que todos los pequeños pueblos que separaban la ciudad que había dejado atrás y a la que me dirigía se habían esfumado. Cada vez hacía más calor, pero en todos los días que llevaba caminando no se había hecho de noche ni una sola vez; y no solo eso, el sol solo se había movido ligeramente. Ahora se encontraba partiendo el cielo, señal de que debían ser las dos o las tres del mediodía. Me detuve para comerme un bocadillo y beber algo de zumo y me di cuenta de que ya casi había gastado la mitad de mis reservas. Lo único que había hecho desde que había llegado era andar, y eso consumía mucha energía. Finalmente, después de lo que me pareció media hora, llegué a Soria. Seguí andando y, en unos minutos, llegué a la plaza de la iglesia de Santo Domingo. Por el camino encontré el mismo panorama que en Burgos: calles vacías, casas desiertas y un puñado de locales cerrados e inhóspitos. A estas alturas ya no me sorprendía. Busqué por la plaza con la intención de encontrar alguna pista que me indicara la salida.

Registré todos los rincones y locales de la plaza, y no encontré nada. Todo absolutamente vacío. Subí los escalones para ver si durante el tiempo que había pasado buscando había aparecido algo, como en la última vez. Pero nada. Pasados unos minutos, y aunque el sol estaba en su punto más alto, me quedé dormido en posición fetal junto a la gran portalada de madera. Cuando me desperté me puse en pie rápidamente para ver si la pista había aparecido. Bajé las escaleras de dos en dos cuando vi que había aparecido otra señal con una flecha, sospechosamente parecida a la anterior. La seguí corriendo hasta que me tropecé con una pequeña caja negra que se encontraba en medio de la carretera. Esta rezaba:

“ No la abras hasta que sepas que es el momento indicado, o las consecuencias podrían ser terribles.”

Decidí guardarla en la mochila, para abrirla cuando se me presentase la oportunidad. Al abrir la mochila se me cayó el mapa que había conseguido en Burgos, así que decidí consultarlo. Ahora Soria también estaba marcada con un punto rojo, y una flecha señalaba mi próximo destino: Madrid. Me puse muy contento al recordar que ahí era donde estaba el campamento, mis amigos y mi familia, y empecé a andar por la única carretera que había con la esperanza de que al llegar, los encontrara a todos y que todo esto solo hubiera sido una pesadilla.

Desgraciadamente, no fue así. Llegué a Madrid al cabo de lo que me parecieron cinco días y con la mochila vacía, a excepción de la caja, el mapa y una chaqueta. Nada más entrar en la ciudad me di cuenta de que allí hacía más frío y que el sol ya no calentaba tanto. Debían ser las seis de la tarde. Me puse la chaqueta y me encaminé hacia el centro histórico de la ciudad. Pasé por al lado de oficinas, rascacielos, tiendas, centros comerciales: todo vacío. Corrí sin mirar atrás hasta llegar a la Plaza Mayor. Ahora ya sabía qué tenía que hacer: cogí la mochila, me la puse debajo de la cabeza (como si fuera una almohada) y siguiendo la rutina me puse a dormir. Por suerte no me costó mucho, ya que la caminata había acabado con todas mis fuerzas. Me desperté lleno de energía, a pesar de que era la misma hora en que me había dormido. Al instante, como si fuera un ritual, busqué la siguiente pista. Esta vez no fue tan fácil, estuve mucho tiempo buscando. Llevaba horas allí y la pista no aparecía, me rugía la tripa del hambre. En ese momento la vi dentro de uno de los bares, había una llave encima del mostrador, enfocada por una luz, esperando que yo lo encontrase. Sin siquiera pensarlo, cogí una silla de la terraza y rompí la cristalera del bar, tomé la llave entre mis manos sin saber con certeza para qué usarla, pero como si fuera un tesoro. Lo primero que se

me ocurrió fue abrir la puerta para poder salir sin romper nada. Y al girarme vi otra puerta, la de la cocina del bar. Me dirigí a ella y la abrí con sumo cuidado, sin saber qué encontraría dentro. En el centro, había un montón de comida: latas de de conservas y refrescos apiladas hasta formar una pequeña montaña. Me lo metí todo en la mochila y salí corriendo como si de un momento a otro la comida fuera a desaparecer o alguien pudiera venir a quitármela. Cuando estuve en la carretera que me llevaría a mi próximo destino me detuve a comer y a consultar el mapa para saber hacia dónde me dirigía. Esta vez, indicaba Madrid y los dos destinos anteriores con un punto rojo, y una flecha señalaba Valladolid. La única diferencia era que ahora todas las otras carreteras y ciudades habían desaparecido. Llegar a Valladolid no me tomó más tiempo que las otras veces. Llegué a la ciudad preguntándome si andar de un sitio a otro e ir buscando pistas era lo que me esperaba el resto de mi vida. Al llegar el sol se estaba poniendo. Debían de ser las nueve de la noche. Atravesé Campo Grande como una flecha mientras anochecía y solo me detuve al llegar a la plaza de la catedral.

Por primera vez, desde que había empezado esta loca aventura, dormía cuando era de noche. Nada más despertarme, todavía de noche, vi la flecha iluminada por la luz de la luna y me sorprendí de que hubiera sido tan fácil. Corrí hacia donde marcaba la flecha para terminar con eso cuanto antes. ¡No había nada! Busqué y rebusqué por los alrededores y no vi nada. Finalmente decidí saltarme esa pista e ir directamente al destino próximo. Al llegar vi que Valladolid se marcaba con un punto rojo y la flecha me indicaba que tenía que ir otra vez hacia Burgos. También me fijé en que en el centro de la circunferencia que formaban las cuatro ciudades en las que había estado había aparecido un pequeño círculo negro. Decidí que era allí donde quería ir. Anduve y anduve, hasta que me encontré en un sitio donde la carretera se dividía en dos direcciones: tomé la de la derecha, pues pensé que podía llevarme

al centro. Era la primera vez que me daban la oportunidad de elegir. Esperaba que esto supusiera un avance.

Pasar tantos días de noche me estaba volviendo loco, o quizá era el hecho de no interaccionar con ningún ser humano durante tanto tiempo. Me estaba poniendo muy nervioso, quería salir de ahí, además yo no podía haber terminado en aquel extraño sitio por casualidad. Definitivamente, la persona que me estuviera haciendo esto pagaría por ello. Hice un paso como todos los demás y me envolvió una luz cegadora: había llegado al punto donde era de día. A pesar de lo cansado que estaba, esto me dio fuerzas para seguir andando. A continuación vi el cartel de Burgos otra vez y un deseo de venganza comenzó a fluir por mis venas. Quién fuera que me había metido ahí me estaba intentando volver loco. ¡Me harían dar vueltas en círculos, toda mi vida! Decidí que, a partir de ahora, las decisiones las tomaba yo, y en un arrebato de furia tiré todo el contenido de la mochila al suelo. De repente me percaté de que el mapa… ¡ estaba escrito por detrás!

Me pellizqué el brazo para cerciorarme de que no era un sueño, de que aún había esperanzas.

Recogí el mapa y leí: “Entre la noche y el día encontrarás tu alegría. Cierra los ojos y respira.” En ese mismo momento supe lo que tenía que hacer, un millón de pensamientos acudieron a mi cabeza. Ahora pensaría por mí solo y haría lo que yo quisiera. Me di la vuelta y empecé a andar por donde había venido. Me sentí muy raro, como si todo eso ya hubiera pasado. Por fin llegué a ese punto, esperaba que mi plan funcionara. Hice un paso más y todo se volvió oscuro. Sí, estaba seguro de que era ahí. Abrí la mochila y saqué la caja negra dispuesto a utilizarla. Puse un pie en la zona donde era de noche y otro donde era de día. Noté una presión creciente que amenazaba con hacerme estallar si no me daba prisa. Abrí la caja, cogí su contenido, cerré los ojos y respiré esperando que funcionara. De repente, abrí los ojos

y me encontré en un sitio totalmente distinto. Estaba en un prado de lavanda, era de día y tenía una brújula en las manos. Lo que la diferenciaba de las brújulas convencionales era que tenía cuatro agujas en vez de una. Cada aguja señalaba una de las cuatro ciudades que había visitado. ¡Lo había conseguido, había llegado al centro!

Sentí una gran alegría y de repente lo comprendí todo: las cuatro ciudades formaban una esfera en el mapa de España que simbolizaba un reloj. Cada ciudad era una hora distinta según su posición. Y el objetivo era que yo siguiera lo suficientemente cuerdo, después de estar tanto tiempos sin ver a un ser vivo como para percatarme de que faltaba una parte del día. Si lograba encontrarla, volvería de vuelta a la realidad.

De repente noté un calambre en el brazo y un tirón en el cuello, abrí los ojos y vi que me estaban sacando un casco y un guante, y acto seguido oí una voz que decía:

- Muchas gracias por acudir al taller de realidad virtual, espero que les haya gustado.

Vi a mis compañeros de cabaña sentados en círculo y ellos me contaron lo que había pasado. Todos habíamos vivido lo mismo, pero solos: el partido de fútbol, la limpieza, el agujero y el viaje, todo había sido producto de una simulación producida por ordenador.

Fue una experiencia que no olvidaré jamás, ya que me ayudó a confiar en mí mismo y a no rendirme cuando todo estaba perdido. Y fue, sin duda, mi viaje favorito por otras tierras de España.

Cuando Bruno pronunció la última palabra de su historia todos sus amigos rompieron en aplausos y, entre risas y comentarios sobre lo que acababa de explicar, le preguntaron a Bruno si podían apuntarse al campamento tecnológico con él el verano siguiente.